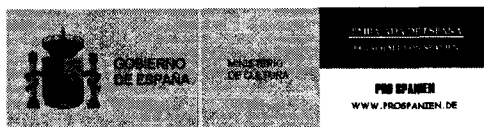


JULIO PEÑATE RIVERO
FRANCISCO UZCANGA MEINECKE (eds.)

El viaje en la literatura hispánica:
de Juan Valera a Sergio Pitol

EDITORIAL  *Verbum*



PUBLICACIÓN FINANCIADA CON AYUDA DEL
PROGRAMA DE COOPERACIÓN CULTURAL "PROSPANIEN"

© de la edición: Julio Peñate Rivero y
Francisco Uzcanga Meinecke, 2008
© de cada texto su autor, 2008
© Editorial Verbum, S.L., 2008
Eguilaz, 6-2º Dcha. 28010 Madrid
Apartado Postal 10.084. 28080 Madrid
Teléf.: 91 446 88 41 - Telefax: 91 594 45 59
e-mail: verbum@verbumeditorial.com
www.verbumeditorial.com
I.S.B.N.: 978-84-7962-420-0
Depósito Legal: SE-2649-2008 U.E.
Diseño de cubierta: Pérez Fabo
Ilustración de cubierta: Oscar Peñate, acuarela, 2007
Fotocomposición: Origen Gráfico, S.L.
Printed in Spain / Impreso en España por
PUBLIDISA

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

El peregrino entretenido de Ciro Bayo y el relato de viaje a comienzos del siglo XX

LUIS ALBURQUERQUE GARCÍA
Instituto de la Lengua Española-CSIC

UN MADRILEÑO COSMOPOLITA

La obra de Ciro Bayo y Seguroola está recibiendo una atención cada vez mayor en los últimos años. Se suceden reediciones de libros que permanecían en el olvido y se abordan estudios y monografías que se acercan a la figura de este escritor cuya imagen literaria no hace sino agrandarse a lo largo del último decenio¹.

Hablar de vida y obra (de viaje, en definitiva) en Ciro Bayo no deja de ser en cierto sentido un pleonasma. Viaje y biografía se identifican tanto, que su obra se puede considerar como un trasunto de su vida, cuya mayor parte la invirtió en los viajes y en sus correspondientes relatos. Es más, los trabajos que publicó de carácter filológico están anclados en su condición de “vagamundo”, como le gustaba escribir acudiendo a la etimología popular. Son fruto de la curiosidad lingüística que le empujó a recopilar con bastante precisión las manifestaciones folclóricas halladas a su paso por las tierras españolas y extranjeras recorridas a lo largo de su vida.

Ciro Bayo nació en Madrid en el año 1860, aunque sus amigos los hermanos Baroja lo sitúan un año antes. Falleció en el mes de julio de 1939, recién acabada la guerra civil, en el “Instituto Cervantes”, Residencia de Escritores y Artistas, adonde había llegado en 1927, después de solicitar una plaza acuciado por la pobreza y el desvalimiento.

¹ La siguiente selección puede dar una idea de este auge que comento: José Fra-dejas Lebrero (2001): *Don Ciro Bayo y Seguroola*, Madrid: Instituto de Estudios Madrileños. Ciro Bayo (1910): *El peregrino entretenido (viaje romanesco)*, Sevilla, Renacimiento, 2002 (edición de José Esteban). Ciro Bayo (1912): *El peregrino de indias (En el corazón de la América del Sur)*. Sevilla: Renacimiento, 2004 (edición de José Esteban). Ciro Bayo (2005): *Obras Completas*, Madrid: Biblioteca Castro (edición de Alicia Redondo y Tatiana Boal), 3 vols. Las citas al *Peregrino entretenido* remiten al volumen I.

Se puede decir que su biografía ya forma parte de la historia literaria y los datos, en algún punto escasos y en algún que otro tramo imprecisos, están accesibles en cualquiera de las ediciones recientes de sus obras o en la misma introducción al *Peregrino entretenido*, seleccionada en 1959 como una de las cinco mejores novelas del lustro 1910-1914, en la edición de Planeta². En la Enciclopedia *Espasa Calpe* encontramos una nota biográfica redactada por el propio Ciro Bayo cuya peculiaridad reside curiosamente en el retrato que la acompaña, que corresponde no al suyo sino al del banquero Adolfo Bayo, de quien él mismo sostenía con orgullo, según recuerda Pío Baroja en sus *Memorias*, que era hijo natural. Quizá los claroscuros de la vida de Ciro Bayo y ciertas contradicciones sobre su propia biografía que él mismo alentó, propicien más incursiones en la vida bohemia de este “vagabundo pulcro que jamás dio sablazos, eterno habitante de las buhardillas madrileñas”, según ha señalado Manuel Cardenal de Iracheta en su semblanza del autor madrileño (1972: 191-210).

Ciro Bayo mantuvo su incipiente vocación aventurera hasta los años de madurez. Muy joven se fugó de casa y se alistó muy pronto, con dieciséis años, como voluntario en el ejército carlista, historia que relatará años más tarde en el libro *Con Dorregaray*, publicado en 1912. En 1876 marchó a La Habana con una compañía de cómicos que quedó disuelta víctima del vómito negro. El ayuntamiento de Matanzas le concedió un premio a su epitalamio en honor del primer matrimonio de Alfonso XII, lo que le permitió volver a España en 1878. Estudió leyes en Barcelona y Madrid y en 1881 obtuvo un nuevo premio literario, convocado con motivo del centenario del nacimiento de Calderón. En 1889 viajó a la Argentina, y recorrió con toda probabilidad durante los años previos Francia, Alemania e Italia. Once años más tarde Ciro Bayo regresó a España y fijó su residencia en Madrid.

Destacamos los hechos de mayor relieve de su estancia americana (1889-1900). Ejerce de maestro en una escuela gauchesca, primero en Medina y después en Tapalqué. Parte de estas experiencias se recogen en los libros *Por la América desconocida* (1920) y en *El peregrino de Indias* (1912). En 1891 emprendió viaje a caballo desde Tapalqué a Chicago para visitar la exposición que en 1892 se inauguró en esta ciudad en

² *Las mejores novelas contemporáneas* (1959): selección y estudios de Joaquín de Entrambasaguas, Barcelona: Planeta, tomo IV, 1967, pp. 1-56.

conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento. En enero de 1893 llegó a Bolivia, a la ciudad de Sucre, punto final de su proyectado viaje a Chicago. Las impresiones de esta etapa quedan reflejadas en la obra *Chuquisaca o La Plata perulera* (1912).

Me interesa destacar su relación constante con el mundo de la prensa. Ya en Argentina había compaginado su labor pedagógica con la colaboración en periódicos, como en *El Diario* y *La Tribuna* de Buenos Aires y *La Plata*, respectivamente, y en el diario tucumano *El Orden*. Incluso en Sucre llegó a fundar un periódico, *El Figaro*, “revista cómico-literaria decenal” (imitación del exitoso en aquel entonces “Madrid cómico”), cuyo primer número salió en agosto de 1893 y con apenas medio año de vida y veinticuatro números publicados dejó de editarse. También colaboró en *La Estrella del Oriente* de Santa Cruz de la Sierra con algunos reportajes sobre las misiones visitadas. Durante esta etapa viajó también a Chile y a Perú. A su vuelta, y tras una breve experiencia como taquígrafo del Congreso boliviano, es comisionado para fundar unas escuelas gubernativas en el oriente del país. Tres años de recorrido por estas tierras le suministraron vivencias extraordinarias que plasmaría luego en diversos libros, como por ejemplo en *Las grandes cacerías americanas* (1927). Granjel (1981: 128) ilustra esta etapa de su vida acentuando su incesante ansia aventurera: “Atravesó dilatadas regiones pobladas de animales salvajes y habitadas por indios bravos; cruzó las tierras de los guarayos y los sironós, llamados, por su fiereza, los “araucanos del Oriente”. Desde Villabella, donde se despide de los guías guarayos, orienta su rumbo a Esperanza para llegar, meta del viaje, a Riberalta, lonja del comercio gomero de Bolivia”.

Ya en España, como decíamos antes, establece su residencia en Madrid. Corre el año de 1910 y Ciro Bayo tiene cuarenta años. A esta etapa corresponden sus primeros libros, unas traducciones y unos volúmenes de escaso interés literario, actividad orientada exclusivamente a subvenir sus necesidades. Es muy notable la capacidad de Bayo para orientar su escritura en diferentes registros. Por ejemplo, en el año 1904 publica un *Diccionario español-francés*, en 1905 unas *Nociones de instrucción pública*, y colabora asiduamente en la “Colección de Frases y Refranes en acción” que dirige Bailly-Baillièrre, con títulos tan extravagantes como *Una lección de magia o de cómo «Más vale vaca en paz que no pollos en agraz»* (1903), *Higiene del veraneo* (1903), *Dormir la mona* (1904), etc.

El material lingüístico y folclórico acarreado durante su estancia americana empieza a tomar cuerpo y salen a la luz títulos que testimonian sus amplios conocimientos de la cultura popular de los países recorridos: *Vocabulario de provincialismos argentinos y bolivianos* (1906), *Vocabulario criollo-español* (1910), *Poesía popular hispano-americana* (1913), o su edición del *Martín Fierro* (1920). Esta inclinación por los aspectos relacionados con la lengua, la literatura y las manifestaciones culturales y populares de los lugares visitados será una constante en toda su obra, sobre todo en la viajera.

De este apretado resumen de la vida de Ciro Bayo podemos extraer algunas consideraciones que pueden interesar a nuestro propósito.

Primero: estamos ante un escritor, como recuerda José Esteban en su introducción al *Peregrino entretenido* (2002: 18) parafraseando a Gastón Baquero, “de regreso”. Son los escritores que primero viven y luego escriben, frente a los “anticipados”, precoces autores que prefieren soñar y escribir la vida primero y luego vivirla. Ciro Bayo, como lo fue Cervantes, responde al perfil del escritor “de regreso”, cuya obra no verá la luz hasta que haya cumplido los cuarenta años. Sus recuerdos, sus sensaciones, sus experiencias, una vez decantadas por el paso del tiempo y de la imaginación, pasarán a formar parte de sus relatos de viaje y de sus novelas.

Segundo: su constante afán viajero se proyecta en dos actitudes en relación dialéctica: la pedagógica, que le empuja a la enseñanza y a la divulgación de sus conocimientos culturales allá donde se instala, y la discente, que le lleva a absorber toda la cultura que le rodea. Ambas tendencias se reflejan en una vida apasionada por el magisterio y en una obra que proyecta una insaciable curiosidad por el *modus vivendi* y las costumbres del “otro”, lo que se vierte primordialmente en sus relatos de viaje y sin duda en sus obras didácticas.

Tercero: es muy evidente algo que habrá de ser tenido en cuenta. La época que ha tocado vivir a Ciro Bayo es, como sabemos, una auténtica encrucijada cultural en la que se aprecian las huellas de los regeneracionistas, la influencia del noventayocho, el peso del modernismo y la presencia de los novecentistas. Pues bien, aunque se detectan rasgos de estos movimientos en la obra de Bayo, tenemos que adelantar ya que su obra viajera –en especial la circunscrita al ámbito español– se nutre sobre todo del género costumbrista, ya declinado entonces, que conecta

sus relatos con notables antecedentes españoles, cuya deuda no se oculta, como Cervantes o, en ocasiones, la novela picaresca.

Cuarto: la colaboración con la prensa que despunta en diferentes etapas de la vida de Ciro Bayo hace que no pasemos por alto la relación estrecha que ha existido entre los relatos de viajes y el periodismo, aunque en el caso de Ciro Bayo no consta que ninguna obra se publicara previamente en algún periódico. Los relatos de viaje, precisamente por su doble carácter documental y literario, han gozado de un estatuto privilegiado para alojarse sin ninguna violencia como reportajes de prensa por su contenido informativo. Ya adelantamos más arriba la relación con el cuadro o artículo de costumbres al que en muchas ocasiones debe el relato de Bayo su más directa influencia. No hace falta insistir en que aquel nació vinculado con la prensa periódica del segundo cuarto del siglo XIX, como ya señaló Ucelay (1951: 20-21).

Quinto: como ya dijimos al comienzo, la vida y la obra de Bayo forman una unidad inseparable. Cuando Alicia Redondo (1981: 266) afirma que “los viajes fueron su principal fuente de inspiración”, está apuntando a un hecho que, por tan claro, no puede dejar de subrayarse.

Y sexto: adelantamos algo que no se deduce de lo dicho anteriormente, pero que marca la médula de nuestro trabajo, y es que la aportación de Ciro Bayo al “relato de viajes” supone una auténtica renovación del género que, como ha sido apuntado en alguna ocasión, conecta con los relatos viajeros de Cela, el cual exprime al máximo sus posibilidades y deja el género en un puesto de privilegio que hasta entonces no conocía.

LOS RELATOS DE VIAJES POR ESPAÑA

De los tres relatos de viaje por territorio español de Ciro Bayo me centraré en hacer algunas observaciones sobre *El peregrino entretenido*. (*Viaje romanesco*), de 1910, su primer libro publicado, en el que se pueden encontrar en estado embrionario los mecanismos narrativos que luego adquirirán mayor solidez en *El lazarillo español. Guía de vagos en tierras de España, por un peregrino industrioso*, de 1911, que recibió el premio Fastenrath de la Real Academia Española, teniendo que competir para ello con *El árbol de la ciencia* de Pío Baroja. El tercero se titula *Con Dorregaray. Una correría por el Maestrazgo*, de 1912, en el que relata sus aventu-

ras de adolescente con una partida carlista y su prisión en Mahón, donde permaneció hasta el final de aquella guerra.

Aunque un tanto exagerada la consideración de Manuel Cardenal de Iracheta (1972: 208, n. 10) de que *El peregrino entretenido* “es el mejor libro en prosa del siglo”, el lector de estas páginas advertirá que no estamos ante una obra indiferente en relación con el género de los relatos de viajes.

La primera curiosidad que nos sale al paso de *El peregrino entretenido* es la de encontrarnos con un viaje volcado en cuatro moldes genéricos distintos de tres autores diferentes: una novela (*La dama errante*) y unas *Memorias* de Pío Baroja, unos recuerdos de Ricardo Baroja y el relato de viaje de Ciro Bayo. En los cuatro casos se narra la excursión que hicieron los hermanos Baroja, Pío y Ricardo, con Ciro Bayo al monasterio de Yuste, cumpliendo así un antiguo deseo de don Pío, que quería hacer un viaje camino de Portugal, por Castilla y Extremadura, para intercalarlo en una novela.

El peregrino entretenido se estructura en XII jornadas, un preámbulo y una conclusión en dos partes, “La vuelta a Madrid” y la “Raza Parda”. Como señala Josefina Rojo (1976: 348), las jornadas oscilan entre dos y ocho leguas. Excepto las tres primeras, la quinta y la octava, el resto se dividen en capitulillos que se corresponden más o menos con las historias que en ellos aparecen narradas.

La organización está determinada por el espacio recorrido y el tiempo invertido en cada una, lo que se compadece más bien con el formato de las misceláneas: hay verso, teatro, cuentos, discursos, digresiones, reflexiones... Para Alicia Redondo (1981: 267), la estructura es semejante a la de los relatos sarta, propia de los cuadros satírico-morales de costumbres. En rigor, estamos ante una de las características de estos relatos que se prestan por su misma flexibilidad a tratar *de omni re scibile* y con un marco suficientemente amplio como para incluir géneros diversos. Para Geneviève Champeau (2004: 28), su falta de integración en el conjunto del relato es tan evidente que quizá estamos ante una de las últimas manifestaciones de los relatos de viaje medievales.

Voy a comentar tres aspectos que considero centrales en los relatos de Ciro Bayo. El tratamiento de los personajes, la descripción del paisaje y el papel del diálogo que, a lo largo de su escritura, sufrirán un pro-

ceso de maduración perceptible en *El lazarillo español*, su segundo relato de viaje.

Los personajes que cuentan las historias en primera persona constituyen el nudo argumental de cada capítulo. En aisladas ocasiones algún personaje reaparece más adelante, contribuyendo así a una cierta unidad entre los distintos episodios del libro. Las historias nacen con cada uno de ellos y se cierran con su desaparición en los correspondientes capítulos. Este modo de estructura es típica de los relatos de viaje, cuya unidad se sostiene por la secuencia de las jornadas y el tiempo correlativo en que se desenvuelven. Josefina Rojo (1976: 348-349) ha catalogado los personajes principales y los secundarios en relación con los episodios³.

Su presentación se lleva a cabo mediante el diálogo, elemento clave del relato a través del cual se van a perfilar sus semblanzas y se nos van a contar sus vivencias. Nos encontramos ante el recurso narrativo más frecuentado en estos relatos viajeros de Bayo que todavía en el *Peregrino entretenido* se muestra como técnica poco depurada, aún en agraz, y cuyo proceso de maduración se perfecciona ya en el *Lazarillo español*.

Una y otra vez se sucede este recurso como medio de introducción de los diferentes tipos y personajes. Nada más arrancar el primer capítulo se topa el narrador con un guarda jurado: “-Caballero -me dice-, no se puede pasar. -¿Puedo saber por qué? -Unos señores del pueblo se entretienen en tirar a las palomas en este vedado (señalando a la izquierda), y como va a empezar el tiroteo sería peligroso cruzar la carretera” (1910: 8).

Su irrupción responde siempre al mismo patrón: una breve descripción del narrador va a dar paso al diálogo. Veamos: dos tipos entran

³ Jornada I. La salida: Los gitanos y el guarda. Jornada II. El parador de Brunete: La mesonera, el señor Vicente y los dos rufianes. Jornada III. El anarquista de Valdeiglesias: Don Jenaro Scherer. Jornada IV. En la Adrada: El vaquero trashumante. Jornada V. El viejo y la niña: El Señor Vicente y Ramona. Jornada VI. Un modelo velazquista: Pedro Mingote. Jornada VII. Un cura de aldea: El cura de Mijares. Jornada VIII. El halconero de Pedro Bernardo: Don Braulio Corvalán. Jornada IX. La Generala de Arenas: Doña Petra y los títriteros. Jornada X. El especialista de Madrigal: Don Blas Pimentel. Jornada XI. Paralelo entre Carlos de Gante y Don Quijote: Gastón, D. Juan de Cuacos, el ventero, la ventera y otros. Jornada XII. El solitario de Yuste: El pintor. Conclusión: D. Jenaro Scherer.

en la venta: “Son dos chulos de los barrios bajos de Madrid, a juzgar por el tipo y la indumentaria: cara afeitada, pantalón ajustado y chaquetilla corta. Usan sombrero alado y uno de ellos lleva un hatillo al hombro, cruzado por un estoque. A la cuenta, son toreros trashumantes, chicos que van a las capeas de los pueblos a ganar los garbanzos de la semana y a adiestrarse en el arte taurino”. Y tras la descripción, el enlace con la situación (“El viaje fue fructífero, a juzgar por lo que piden de comer”) que da pie al diálogo: “Muy buenas, patrona –dice uno de ellos–. A ver si podrá ser. Queríamos que nos apañara usted una buena cazuela de arroz con pollo y una ensalada de huevos”... Por último la historia fluye contada por los personajes, si atañe a sus vidas, o por el narrador, si da cuenta de lo sucedido al encontrarse con ellos.

Estos personajes prototípicos van apareciendo a medida que el relato avanza. Como indica Alicia Redondo (1981: 271), estos dominan en la obra, frente a los auténticos retratos con rasgos individualizadores, con nombre y apellidos (Jenaro Scherer, Pedro Mingote, etc.) que escapan a las caracterizaciones típicas del artículo de costumbres, cuya época dorada de mediados del siglo anterior ya había declinado. El carrusel de gentes presentadas en cada una de las jornadas evoca la galería de tipos de los *Españoles pintados por sí mismos*: comparecen el torero, la mesonera, el vaquero, los gitanos, el guarda, el cura, y un largo etcétera, que nos recuerdan un género ya periclitado.

Los estudios sobre los personajes de Ciro Bayo insisten en que son muy pocos los que se trazan con una cierta densidad personal. Y estos, además, suelen considerarse como verdaderos alter-ego del autor (Redondo 2005:18). De hecho, las semblanzas de Bayo suelen proceder de retratos de algunos de estos personajes.

El relato acentúa, pues, la presencia de estos tipos costumbristas a los que se unen de cuando en cuando esos personajes reales (hombres de carne y hueso). A través de unos y otros se engarzan las historias que componen el relato. Su presencia abrumadora quita protagonismo al paisaje, otro de los elementos dignos de ser tenidos en cuenta, que adquirirá mayor protagonismo en el *Lazarillo español*. Josefina Rojo (1976: 349-350) insiste en este punto: “más que andar y ver lugares es un andar y conocer tipos. En un itinerario corto –no más de 45 leguas–, entre Madrid y Yuste, cita doce pueblos de los que hace somera descripción, pero encuentra veintiocho personajes”.

En las descripciones de estos paisajes apenas se aprecia vinculación alguna con las inquietudes noventayochistas. Se trata de una pintura idealizada sin atisbos impresionistas, más propios de la mirada ideologizada del 98. La primera visión del paisaje se nos ofrece en la jornada I (1910: 8): “Camino de Villaviciosa de Odón gallardean en la plana las mazorcas de oro y asoman por las bardas las tamaras del guindo y las borlas del madroñero. Rapaces gorriones otean las huertas desde los hilos del telégrafo; y vencejos y golondrinas revuelan sobre los hospitalarios caseríos pregonando la resurrección del sol y de la vida”.

Las reflexiones, del mismo modo, tampoco están en la órbita de sus compañeros de generación. La más singular en este sentido aparece en el último capítulo, “La raza parda”. Sorprende que el libro se cierre con unas consideraciones vinculadas con la disciplina de la psicología de los pueblos, cuyo contenido nos evoca la teoría estética de Taine y su vínculo con el pensamiento alemán de mediados del siglo XIX. Entresacamos algunas partes del extenso párrafo:

[Madrid] se presenta con colorido terroso, y esta impresión de color es la dominante en todos los pueblos de la meseta castellana. Ese tono de color, o porque persiste en la retina o porque es en realidad, me hace llamar a estos llaneros la *raza parda* [...] –Ustedes mismos llaman «El Pardo» a las doce leguas de monte donde está emplazado el real sitio de este nombre; [...] Pero lo que justifica mi título de *raza parda*, entre otras cosas, es la afición de estos llaneros a vestirse de pardo y, en general, de color oscuro [...] El negro o el pardusco son los colores favoritos suyos, como lo fueron de los hidalgos de ropilla y manto. De los campesinos no se diga ¿no les llaman ustedes pardillos o pardales por el color de su indumentaria? –Esto se debe sencillamente, amigo Scherer, no a la afición sino a que la lana de que se hacen las capas, anguarinas, calzones, etc., de los labriegos castellanos, es parda, por ser este el color de los borregos de que se saca. Es tela sin teñir, por ser esto en la industria casera, y aun en la industria primitiva, más barato. No han escogido este color; se lo da la materia misma. No es pues un asunto de psicología sino de economía.

Estos apuntes de óptica estética o psicológica, puestos en boca del personaje Scherer, son un extracto del artículo de Bayo publicado en 1902 en el diario *El Globo*, que motivó el interés de Unamuno por su autor y la relación epistolar entre ambos mantenida hasta 1912⁴. De todos modos hay que insistir de nuevo en que este ejemplo es la excepción.

⁴ El epistolario de Ciro Bayo a Unamuno (las cartas de éste último desgraciadamente no se conservan) está publicado por José Antonio Ereño Altuna (1996). Señala el

En suma, en *El peregrino entretenido* lo predominante son las escenas –meollo de cada jornada– habitadas por uno o más personajes prototípicos, cuya relación entre sí viene marcada por su vinculación con el narrador, y que sirven de marco a las historias y digresiones sociales, filosóficas y de todo tipo, alejadas normalmente de las inquietudes de los escritores de su generación. Si alguna vez se desliza un contenido reivindicativo reside fundamentalmente en la denuncia del sistema de enseñanza, tintando así de cierto regeneracionismo algunos discursos carentes de ideología en un sentido fuerte. Para Josefina Rojo (1976: 381) “los contextos científicos, literarios, artísticos, filosóficos, sociológicos, etc., no pasan de la mera divulgación y casi siempre en boca de personajes que salen al paso, trotamundos como él o señores de pueblo (desdoblamiento del propio autor en algunos casos)”.

Como decíamos, el diálogo se ha convertido en el recurso narrativo más frecuentado, sobre el que se articula todo el relato, a pesar de que su incorporación a *El peregrino entretenido* se percibe todavía más como lastre que como innovación. Se parecen demasiado los modos de hablar de los distintos tipos que deambulan por el universo viajero de Bayo. El estilo culto del narrador contamina a veces los discursos de los personajes. Esta falta de versatilidad parece atenuarse en *El lazarillo español*, en el que se adapta mejor el habla a la condición y estatus social de las personas convocadas por el autor en la narración. La consecuencia inmediata es que, en algunos casos, flaquea la verosimilitud, a lo que contribuye la desmedida extensión de los diálogos y lo inapropiadamente enjundioso de su contenido. A veces da la impresión de que el diálogo se utiliza exclusivamente como molde para la transmisión de anécdotas, curiosidades etc., sin reparar en que la prolijidad e inadecuación del discurso en boca de determinados personajes provoca una cierta desnaturalización. *El lazarillo español* atenuará también estos desarrollos tan desbordantes y de endeble verosimilitud.

recopilador del epistolario en su introducción que Unamuno sostenía ideas parecidas con respecto a la influencia del color en la psicología de los pueblos y la proyección de estos en su elección de los colores. Parece que la respuesta del narrador a Scherer viene dada por el contenido de la carta de Unamuno a Bayo sobre su artículo *La Raza Parda*. Estas ideas aparecen recogidas al poco tiempo en el prólogo de su libro *De mi País* en el que asocia el color azul con las gentes de Bilbao y donde explica la verdadera causa de semejantes relaciones, más provocadas por razones económicas que psicológicas.

Se ha dicho que Ciro Bayo es un hombre anacrónico al que hubiera gustado vivir en los siglos XVI y XVII. Quizá el uso del diálogo tenga algo que ver con los diálogos renacentistas, en que este recurso servía de mera excusa para desarrollar un tema o para instruir sobre alguna cuestión. El caso es que sus modelos literarios pertenecen mayoritariamente a nuestro Siglo de Oro. Dos veces en que el personaje Pedro Mingote habla de sí mismo utiliza el referente de la literatura áurea (1910: 55 y 60-61): “Sí; soy un caballero andante de nuevo cuño, o, si le parece a usted mejor, un pícaro; porque a esto viene a parar la antigua caballería traducida a la prosa de la vida corriente”. Y más adelante: “Por esto quisiera haber vivido en tiempos de Gil Blas, de Guzmán de Alfarache y de otros modelos de la épica picaresca. Lo confieso; soy un español rezagado del siglo XVII”. La crítica, como decíamos, los ha considerado como verdaderos autorretratos del autor.

No en vano, su segundo libro de viajes por España se titula *El lazarrillo español*, cuya evocación al género de la picaresca se torna explícita⁵. Cervantes quizá sea el autor más presente en este libro y otros suyos (uno de los capítulos, el primero de la jornada novena se titula, de hecho, “Paralelo entre Carlos de Gante y Quijote”), por las muchas alusiones al *Quijote* (“La meridiana sería cuando en otra jornada...”) o por la técnica del injerto de cuentos o historias que suceden a personajes y que son contadas por ellos mismos en presencia del protagonista-narrador.

RELATO FACTUAL VERSUS RELATO FICCIONAL

En su conocido ensayo *Ficción y dicción* Gérard Genette opone los discursos factuales basados en datos reales (historia, biografía, diario íntimo, relato de prensa, informe de policía, *narratio* judicial, etc.) a los ficcionales, cuya historia es inventada y los hechos narrados no se toman por verdaderos. Reconoce asimismo que sus aportaciones en este campo deberían considerarse como una *narratología limitada*, por no haber prestado atención a los factuales, cuya presencia e importancia en la literatura es un hecho incontestable.

⁵ Joaquín de Entrambasaguas (1959) llegó incluso a considerar *El peregrino entretenido* dentro de este género.

Llama la atención que Genette (1993: 60) considere como síntomas de ficción (invocando a Käte Hamburger) dos procedimientos que hemos considerado como medulares en los relatos de viaje de Ciro Bayo: los diálogos y las descripciones extensas. Efectivamente, la presencia de escenas detalladas, de diálogos comunicados *in extenso* y literalmente y de largas descripciones, son indicios de ficcionalidad, que los relatos de Bayo incorporan sin estridencias en unos relatos factuales como son los libros de viaje que comentamos. Se trata de procurar una impresión justificada de ficción. Curiosamente, en la nómina de los relatos factuales Genette no incluye los viajes, lo que demuestra la poca presencia que estos textos han tenido en el ámbito de los estudios literarios y de la teoría literaria, al comprobar que una voz tan autorizada en el campo de la narratología ni siquiera los nombra en la amplia relación que ofrece.

Recordemos que el subtítulo de la obra, *Viaje romancesco*, apunta inequívocamente al sentido de “novelado”, que alude –como sabemos– al contenido que en castellano atribuimos al término “novela”, a diferencia del resto de las lenguas europeas que siguen manteniendo la palabra “romance”. El diccionario de la RAE recoge esta significación de “romancesco”: “Característico de la novela, de pura invención”. Pero estamos todavía en el ámbito factual del relato de viaje y no en el ficcional de la novela.

Veamos si no el preámbulo completo:

Como pájaro emigrante, siento con el buen tiempo necesidad de volar; la nostalgia de la vida de campo, de vagabundear al sol y al aire libre. Unas veces a pie, otras en cabalgadura, salgo de la ciudad casi todos los años y hago una correría, más o menos lejana, para gozar de la buena vida bohemia.

Como ando sin prisas, me detengo, a menudo, para conversar con los labradores en el campo o con traficantes o viajeros, en ventas y posadas. Estas conversaciones son no menos entretenidas que instructivas, pues aprendo muchas cosas nuevas sobre las costumbres del país que recorro, y los gustos y variados caprichos de los hombres.

En ocasiones, con achaque de éntrome acá que llueve, o hace un sol que rabia, me refugio en ventas y paradores donde encuentro, de ordinario, carreteros, mercachifles y rufianes; y con esta gente me entretengo envidando rondas de vino, fritos picantes o cosas de más enjundia; para «que se vea –diré con Antonio Pérez– que es necesario a los peregrinos templarse a ratos como instrumentos, para entretenimiento de los con quien tratan.»

Al obscurecer, me alojo en mesones o me hospedan en hidalgas moradas. Como quiera que sea, antes de acostarme me quito el traje de viajero, sucio de polvo y de barro y, como dice elegantemente Maquiavelo, me revisto con el pensamiento un traje de corte, con manto de armiño, para anotar las impresiones del día.

Tal es la génesis de este libro, que a Dios plegue sea muy leído para que cunda la afición a las excursiones, los *entretenimientos peregrinos* al aire y al sol, dispensadores de salud y fortaleza.

El origen del libro son las andanzas del viajero, más tarde estructuradas en un proceso de selección y de narración que idealiza los rasgos de los personajes con referentes reales o inventa abiertamente los que considera congruentes con la estructura del relato.

El adjetivo “romancesco” se orienta en este sentido, sin despistar por ello al lector sobre la verdadera naturaleza de un libro basado en un viaje real (la excursión a Yuste con los hermanos Baroja) en el que, a excepción del itinerario, marcado por las jornadas y los lugares recorridos, el resto de los materiales acarreados han sufrido un proceso de transformación hacia lo “romancesco”, que los dota de un cierto carácter ficticio.

Para empezar, los hermanos Baroja, compañeros de excursión, han desaparecido del relato. Probablemente, algunos de los personajes son producto de la imaginación del autor y, casi con total seguridad, otros han sufrido un proceso de sublimación tal, que no serían reconocibles en sus referentes reales. Con todo, el preámbulo transcrito no deja lugar a dudas de la vivencia previa de un viaje cuyas anotaciones y apuntes han sufrido un proceso de elaboración que ha dado lugar al relato del viaje.

Ningún lector de estos libros de Bayo duda de su realidad. El epígrafe del artículo de Josefina Rojo titulado “El peregrino entretenido. Un viaje y un relato reales” profundiza en este sentido y aporta el itinerario seguido por el autor y los mapas donde se puede comprobar la ruta seguida y el tiempo aproximado que se ha invertido en cada trayecto. Al evocar el viaje conjunto de los tres escritores y sus diferencias, recuerda que “no obstante estas variantes de fechas, el itinerario coincide exactamente en los tres escritores. Cambia lo accidental, lo anecdótico, la pericia pero nunca la geografía. La topografía es también minuciosa y exacta” (1976: 344).

Anotamos también un hecho claro. La plena identificación entre autor y narrador, inequívocamente referida en el preámbulo (“tal es la

génesis del libro...”), y la utilización de la primera persona contribuyen, junto con los demás factores, a la clarificación del género.

No quiero dejar de señalar, finalmente, la importancia de las marcas paratextuales, por seguir con la terminología genettiana, como pautas indiscutibles de discernimiento del género, de las que forma parte el preámbulo ya citado. Hemos insistido en la importancia del marbete “jornada” y en los títulos del índice que remiten a lugares y trayectos verdaderamente recorridos por el autor, a los que sirve de sutura el *incipit* de los capítulos, que con sus décticos subraya las coordenadas de espacio y tiempo del relato, como ha analizado Pestano y Viñas (2005). Al carácter relevante del título (y subtítulo) del libro habría que añadir, además, los testimonios sobre la veracidad del relato, en este caso concreto de los hermanos Baroja. Aunque la referencia de don Pío en sus *Memorias* (1949: 835-840) se decanta hacia la “ficcionalización”, al observar que muy poco o nada tiene que ver el viaje que ellos hicieron con el relato de Ciro Bayo:

D. Ciro que no poseía ningún sentido realista, escribió un libro sobre nuestro viaje, titulado *El peregrino entretenido*, libro de episodios y aún de paisajes inventados pues no tiene nada de lo visto en el camino. Sin embargo algunos críticos dijeron que era de una realidad extraordinaria, porque en esto de no notar la realidad los críticos españoles han sido especialísimos.

Es menester insistir en el valor de las marcas paratextuales, que propician la asunción por parte de los lectores de estar ante un viaje que el autor realizó y que nos presenta ahora en forma de relato. Los procedimientos narrativos incorporados (la omnipresencia del diálogo, la narración de historias por parte de los personajes), la ficcionalización de determinados acontecimientos, lugares, individuos y la inequívoca intención literaria (cuidado exquisito del estilo, utilización de un léxico variado y culto, referencias literarias y eruditas abundantes, etc.) son aspectos que se enmarcan dentro de un viaje con unos hitos topográficos y temporales radicalmente unidos a la persona del autor, que se identifica plenamente con la instancia del narrador del relato en primera persona. Un cierto pacto, semejante al autobiográfico, está presente entre el autor y los potenciales lectores de un libro de estas características.

Si los términos constitutivos de la literariedad son para Genette la ficción y la dicción, es claro que el segundo posibilita la entrada de estos

relatos de viaje (factuales) en el ámbito de lo literario. Pero no es menos cierto que la incursión de otros recursos narrativos (“romancescos”) imprimen al texto un cierto carácter ficcional. Quizá por esto su régimen de literariedad no tenga por qué ser condicional, sino constitutivo de pleno derecho, tanto por su dicción (criterio remático) como por su ficción (criterio temático). Julio Peñate (2004: 16) alude a este mismo proceso cuando se refiere a los viajes que reúnen bajo una sola acción textual lo efectivamente realizado en varias, o a aquéllos que introducen acciones en realidad anteriores o posteriores al viaje contado.

No cabe duda de que la gran contribución, consciente o no, de Ciro Bayo al género del relato de viaje reside en la incorporación de los elementos propios de lo “romancesco” a un género demasiado ceñido a lo documental a expensas de lo literario. Bayo, sin renunciar a los elementos esenciales de los relatos de viaje, los ha vestido de un ropaje estilístico más intencionado (“me revisto con el pensamiento un traje de corte, con manto de armiño, para anotar las impresiones del día”) y los ha acercado a las fronteras de lo novelesco, al apropiarse de algunos de sus recursos y al haber transformado en ficticios determinados elementos de la narración. El género de los relatos de viajes ha ensanchado sus límites disponiéndose para una renovación de un cierto calado, que conocerá su máximo aprovechamiento en la literatura viajera de Cela y en toda la tradición posterior.

Bibliografía

- BAROJA, PÍO (1949): *Memorias*. En: *Obras Completas* (tomo VII). Madrid: Biblioteca Nueva.
- BAYO, CIRO (1910): *El peregrino entretenido (viaje romancesco)*, José Esteban (ed.). Sevilla: Renacimiento, 2002.
- BAYO, CIRO (2005 y 2006): *Obras completas*, Alicia Redondo y Tatiana Boal (eds.). Madrid: Biblioteca Castro, 3 vols.
- CARDENAL DE IRACHETA, MANUEL (1972): “El peregrino escritor don Ciro Bayo y de Seguro (1859-1939)”. En: *Comentarios y recuerdos*. Madrid: Revista de Occidente, pp. 191-210.
- CHAMPEAU, GENEVIÈVE (2004): “El relato de viaje, un género fronterizo”. En G. Champeau (ed.): *Relatos de viajes contemporáneos por España y Portugal*. Madrid: Verbum, pp. 15-31.
- ENTRAMBASAGUAS, JOAQUÍN DE (1959): “Ciro Bayo (1860-1939)”. En: *Las mejores novelas contemporáneas*, tomo IV. Barcelona: Planeta, 1967, pp. 3-53.

- EREÑO ALTUNA, JOSÉ ANTONIO (1996): *Cartas de Ciro Bayo a Unamuno. Un diálogo difícil*. Bilbao: J. A. Ereño.
- ESTEBAN, JOSÉ (2002): "Introducción". En: *El peregrino entretenido*. Sevilla: Renacimiento.
- FRADEJAS LEBRERO, JOSÉ (2001): *Don Ciro Bayo y Seguro*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños.
- GENETTE, GÉRARD (1993): *Ficción y dicción*. Barcelona: Lumen.
- GRANJEL, LUIS S. (1981): "Ciro Bayo y Seguro". En: *Maestros y amigos de la generación del 98*. Salamanca: Universidad, pp. 123-144. Reproducción exacta de Granjel, Luis S. (1967): "Maestros y amigos del 98: Ciro Bayo". En: *Cuadernos Hispanoamericanos*, 206, febrero, pp. 201-218.
- PEÑATE, JULIO (2004): "Camino del viaje hacia la literatura". En: J. Peñate Rivero (ed.): *Relato de viajes y literaturas hispánicas*. Madrid: Visor, pp. 13-29.
- PESTANO Y VIÑAS, ADÉLAÏDE (2005): "El peregrino entretenido (viaje romanesco) de Ciro Bayo ou le voyage récréé". En: *Bulletin Hispanique*, 2, décembre, pp. 548-558.
- REDONDO, ALICIA (1981): "Vida y obra de Ciro Bayo. Costumbrismo o novela". En: *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. Santander, LVII, pp. 253-294.
- : (2005): "Introducción". En: *Obras completas, I*. Madrid: Biblioteca Castro, pp. IX-XXXVIII.
- ROJO OVIES, JOSEFINA (1976): "Los viajes por España de Ciro Bayo y Seguro". En: *Archivum*. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo, tomo XXVI. Homenaje a la memoria de Carlos Clavería, pp. 333-389.
- UCELAY DE DACAL, MARGARITA (1951): *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844)*. Estudio de un género costumbrista. México: FCE.